

"¡Ojos, no veréis más ni el mal que sufro, ni el crimen que cometo! ¡Dormid la muerte de la noche eterna y las tinieblas podrán defenderos de ver lo que no quise ver jamás, y tampoco aquello que tan anheloso ver ansiaba!"

Mil veces repitió tales lamentos, y, entre tanto, se abrían ensangrentados sus párpados y su sangre escurría entre la barba y las mejillas, y él alzaba las manos en convulsión tremenda. Bien en breve la sangre, de roja se tornó en negra que como capa de ignominia se apelmazó a su rostro.

¡Así en un punto a dos azota la desgracia: común era su crimen, común fue su infortunio: el varón y la mujer en el mismo abismo rodaron juntamente! ¡Ayer la dicha, para los dos unidos, dicha que parecía ser verdadera en sumo grado: hoy la desventura, el gemido, la muerte, la ignominia, la desdicha sin nombre y sin medida... todo infortunio se reunió en ellos sin que uno solo falte!

CORIF.—¿Tiene ahora el infortunado alguna liberación de sus males?

SIER.—Con grandes voces clama que las puertas sean abiertas y que entre alguno y traiga ante todos los descendientes de Cadmo al patricida y al de su madre... ¡Ah, yo decir no puedo los horrendos dicitos que él profiere! Habla como quien se dispone a ir al destierro, y que ya vivir no puede bajo este techo que él mismo colmó de maldiciones. Inválido quedó, necesita un apoyo y un gafa. ¡El negro mal que cayó sobre él nadie podría soportarlo!

Vas a verlo al momento. Ya las puertas se abren, ya los cerrojos suenan. El espectáculo que ofrece a los ojos es tal que, aun el peor enemigo tendría que verter lágrimas.

*Sale Edipo apoyado en un paje, con toda la cara llena de sangre y va trastavillando hasta llegar a la escena.*

CORO. CORIF.—¡Tremenda vista que se ofrece a los hombres... la más terrible que pude ver en mi vida...! ¡Infortunado!, ¡qué locura se apoderó de tí? ¡Qué maléfico numen se echó en furioso ímpetu salvaje en tu contra, ya cuando estás caído bajo el azote implacable de la Moira?

¡Ay, ay, infortunado, si ni siquiera verte puedo cara a cara, cuando estoy tan ansioso de decirte tanto y de preguntarte tantas cosas, de examinarte detenidamente: tal es el

blor pavoroso que en mí produces!

ED.—¡Ay, ay, ay... infeliz soy! ¿A qué rumbo de la tierra habré de huír en mi desdicha? ¿A dónde dirigir mi voz, que no quede perdida en la sombra del silencio? ¡Ah numen maligno a qué punto llegaste!

CORIF.—¡Tremendo para verlo, tremendo para oírlo!

ED. ESTR.1.—¡Oh tinieblas, oh de engañosos giros negra nube, sobre mí te agravas, no puedes resistirte, y todo me trituras y haces polvo!

¡Ay de mí, ay de mí: otra vez qué punzante aguijón de tortura has penetrado en mí agudo, recuerdo de mis males!

CORIF.—¡Quién asombrarse puede que, perdido en ese oleaje de infortunios hoy, de doble desdicha te sientas herido: la que padeces y la que recuerdas!

ED. ANT.1.—¡Ay, amigo tú, el único me restas, y aún a mi lado perseveras! ¡Aún llegas a ser tolerante con un pobre ciego!

¡Ay, ay, aunque verte no puedo, tu voz muy bien conozco: no es posible dejarte en el olvido!

CORIF.—¡Horrible es lo que hiciste! ¿Cómo osaste destruir tus pupilas? ¿Qué maléfico numen avasallarte pudo?

ED. ESTR.2.—¡Apolo fue, Apolo, amigos, quien funestos, sí, funestos infortunios hizo míos, muy míos! ¡Pero mi propia mano, esta mi mano, los descargó sobre mí mismo, desdichado! ¿Por qué había yo de ver, si para el que ve, nada dulce había que ver pudiera?

CORIF.—¡Tal cual lo dices es!

ED.—¿Qué ver había para mí que fuera amable? ¿Qué había que oír que placer me diera, amigos míos?

¡Sacadme ya de aquí... pronto, muy pronto! Al monstruoso enemigo abominable, a los dioses el más aborrecible, a los hombres el más funesto, echad fuera de aquí!

CORIF.—¡Maldito al igual por tu infortunio que por haberlo conocido: cómo anhelara yo que no lo hubieras sabido jamás!

ED. ANT.2.—¡Hubiera perecido aquel que un día me levantó del prado y desprendió los garfios que sujetaban mis pies, y en esta forma me arrancó a la muerte y me dejó vivir! ¡Favor funesto que hacer no debiera!

¡Hubiera entonces muerto yo, y no fuera lo que soy hoy: tortura de mí mismo y de los míos.

CORIF.—¡Ese al igual fuera mi anhelo!

ED.—¡No a mi padre jamás matado hubiera, ni fuera para los hombres el desposado con quien le dio el ser!

¿Qué soy ahora, ¡Un hombre sin los dioses, hijo de los impíos, el que engendró otros hijos, nacidos del mismo seno del que él había nacido!

¡Y si algún mal existe, más antiguo y horrible que estos males, ese tiene que ser herencia de Edipo!

CORIF.—No sé cómo juzgar tu acción rectamente. Mejor fuera que hubieras muerto y no que vivas ciego.

ED.—No me digas que estuvo mal hecho lo que hice y ya no trates de hacerme reflexiones. ¿Para qué eran mis ojos, si al bajar al Hades, encontraba a mi padre y a la desdichada madre mía, podría ver acaso, con esos ojos, su propio semblante? ¿Y con crímenes que exceden a aquellos que se pagan con la horca! ¿Eran acaso esos ojos para ver a los hijos que nacieron en esta forma execrable? ¡No, estos mis ojos ya no podrán ver nada de eso! ¡Yo mismo he hecho imposible esta vista, yo, que fui el más excelente hombre de Tebas, cuando puse la ley de que todos echaran de sus hogares al malvado, al que los dioses declaraban infame, al que era hijo de Layo! ¿Podría ver a los ciudadanos con ojos inmutables, yo que con mis crímenes arrojé la peor mancha sobre ellos? ¡Nunca jamás! ¡Ojalá que de igual modo hubiera yo podido tapiar mis oídos, fuente por donde fluyen los sonidos al alma! ¡De esta manera ni oyera voces, ni contemplara la luz...! ¡Dulce es para la mente vivir sin el contacto de los infortunios de afuera!

¡Oh, Citerón!, ¿por qué me acogiste? ¿por qué, si me recibiste, no me mataste al momento, para que nunca jamás revelara a los hombres de dónde había yo procedido!

¡Oh, Pólibo, oh Corinto y aquella antigua casa que llamé paterna, aunque sólo fuera de nombre... nutristeis en mi una hermosura, bajo la cual iba medrando un maligno tumor de males: se abrió el tumor y he venido a ser descubierto el más infame de los infames!

¡Oh tres caminos, oh secreto valle y el encinar que cierran los tres caminos que convergen! ¡Vosotros visteis caer la sangre que era la de mi padre y la que bebisteis ávidos! ¡Ya olvidasteis lo que ante vosotros hice? ¡Y sabéis lo que hice, cuando acá llegar pude?

¡Ah, bodas, bodas... de vosotras floreció mi vida y luego

en nuevas bodas por mí la disteis a otros! Y el mundo mirar pudo en nefanda mezcla padres, hermanos, hijos todos un mismo ser a un tiempo, y vírgenes, esposas, madres unidad en una sola... lo más infame que los hombres vieron! ¡Pero no ha de decir el hombre lo que no le es lícito hacer!

Una vez más lo imploro: haced lo que os pido, con la mayor prisa llevadme a un sitio oculto, dadme la muerte, arrojadme a los mares, o a un sitio tan lejano, donde los hombres no puedan volver a verme. ¡Por los dioses, lo imploro, y haced la gracia de tomar a un infeliz...! Nada temáis: no hay nadie que pueda acumular el peso de tantos males. El único soy yo.

CORIF.—Llega oportuno para oír tus ruegos Creón. El te dará el consejo y la ayuda que requieres. El queda como único guardián de esta tierra, cuando tú has faltado.

*Llega Creón con personas de la ciudad.*

ED.—¡Ah, mísero de mí!, ¿qué decir puedo a este? ¿Podrá confiar en mí, cuando tan duramente me mostré cruel con él?

CR.—¡No he venido, oh Edipo, para hacer mofa de tu infortunio, ni menos para reclamarte por tus dictérios de hace poco. (A los que vienen con él): Ahora vosotros: si no acatáis a los hombres, respetad siquiera la sagrada luz del Sol que todo llena de vida. Cubrid, ocultad ya esa mácula que ni la tierra, ni la santa lluvia, ni la luz de los cielos puede sufrir. Cuán pronto podáis, metedlo al palacio. Sólo los de una familia pueden ver y oír sin baldón los males de los miembros de ella.

ED.—Por los dioses te ruego que me oigas: contra toda esperanza has hecho morir mis congojas, oh tú el mejor de los hombres, ante el más infeliz y detestable de todos los mortales. Atiende a lo que diga: no es para mí, sino para tí el bien.

CR.—¿Qué es lo que anhelas con tanta insistencia?

ED.—¡Lo más pronto que puedas échame de este país... vayan yo a dar a tierras donde ningún mortal hablarme pueda!

CR.—Lo haría yo, si antes no fuera necesario consultar a un dios qué debo hacer. Tenlo por cierto.

ED.—¿De un dios? ¡Pero él ya publicó su dictamen: morirá el patricida, morirá el impío! ¡Yo, que perdido estoy!

CR.—Tal fue su fallo, cierto. Pero en la trementada situación en que estamos, deber es preguntar cuál ha de ser la norma de conducta.

ED.—¿Y así por un desdichado harás aún consultas a los dioses?

CR.—Sí, porque tú también conocerás con certeza qué disponen los dioses.

ED.—Quedo convencido. Pero voy a rogarte ahora que tengas en cuenta mis últimos deseos.

Allá en el interior de este palacio, está ella tendida, yerta por la muerte: haz las exequias que a tu afecto te sugiera. Dale un sepulcro. Es tuya. Cumple con tus deberes.

Y, por mí, por mí, ¿qué? Que nunca, mientras viva, mi patria tenga la ignominia de que yo habite dentro sus murallas.

Pero deja que viva en las montañas. En ese Citerón, que fue la cuna y hoy ha de ser la tumba de Edipo. ¿No en vida lo asignó mi padre, consintiendo en ello mi madre? ¡Qué allí me maten muertos, ya que viviendo yo, matarme intentaron!

¡Qué bien lo sé: habrá dolencia, no habrá infortunio alguno que acabe con mi vida... ¿no hubiera muerto entonces, cuando infante, si el destino no me tuviera señalado para ser el más desdichado de los hombres en su -ayor infamia? ¡Obre la Moira en mí como le plazca!

Ahora mis hijos: Creón, no te afanes por ellos. Varones son formados: ellos miren qué necesitan, de dónde sacan vida. Pero mis hijas... ¡Ay mis dos infortunadas hijas!... Jamás el pan comieron sin que yo en la mesa junto a ellas estuviera, que tenían a gloria y dicha comer del mismo plato la parte que les dejaba yo... ¡Cúdalas, ámalas, defiéndelas! Último favor pido: deja que yo las toque con mis manos, deja que por vez final las acaricie y que lllore sobre ellas por nuestros infortunios. ¿No eres un noble príncipe, nacido de un linaje sin mancilla? ¡Deja que vengan ellas y mis manos las toquen como antes... Me haré la ilusión de que las veo...!

*Se oye en el interior llanto de niñas.*

¿Qué es, qué es? ¡Ah, por los dioses: oigo llorar... ¿son mis dos hijas? ¿No me oyó Creón? ¿No me tiene lástima y me envía lo más amado? ¡Mis dos hijas! ¿Es verdad lo que digo?

CR.—Dices bien. Yo soy quien te las trae. Un ligero consuelo para tí que las amabas tanto.

*Llega Creón trayendo a las dos niñas.*

ED.—¡Tuya la dicha sea y que los númenes malignos contra tí no se ensañen y te hagan siempre prosperar!

¡Hijas, hijitas mías, ¿en dónde estáis? Acercaos a estas manos hermanas de las vuestras. Debéis el don a ellas de gozar de esos ojos. Estos ojos hoy muertos, os dieron los ojos, sacados de la misma fuente de donde yo había salido. Ciego estaba ya entonces, y no supe lo que hacía.

Llorar es mi consuelo, cuando ya no puedo veros; llorar por el destino cruel que os han de dar los humanos. Vida amarga ha de ser la que os espera. ¡Ir a reuniones de la ciudad, tomar parte en una fiesta universal, intentar asistir a un espectáculo... ino, ya no! De todo eso seréis excluidas.

Y ha de llegar el día en que esperéis la mano que os conduzca al tálamo nupcial. No habrá ninguna. ¿Qué hombre habrá que se atreva. Ay, hijas mías, quién ha de querer soportar la pesadumbre de destruir su vida, como quedó desecha la de vuestros padres? ¿Falta algún crimen? ¡No, están aquí todos juntos! Vuestro padre asesinó a su propio padre; se unió en matrimonio con la misma a quien debía la vida y de esa infausta unión, el fruto sois vosotras! ¡Vosotras que nacisteis de la misma fuente de donde él había brotado!

¿Así ha de haber quien vuestra boda anhele? ¡Nadie, hijas, nadie! Solas para siempre, en perenne y estéril retraimiento iréis llevando a costas el fardo insoportable de vuestras vidas!

Ah, Creón, hijo de Meneceo: tú quedas como el único padre. Ella y yo muertos estamos ya. ¿Dejarás que tus sobrinas vayan por ese mundo mendigando? ¿dejarás que sucumban, sin dejar un retoño de su sangre, que es la tuya?... ¡No mides su desgracia al tenor de la mía inigualable! Ten compasión de ellas: niñas y abandonadas, sin otra mano que las pueda apoyar, si no es la tuya.

¿Me lo prometes, Creón? Tiende a mí tu diestra...

*Creón da la derecha a su cuñado.*

Y, ahora a vosotras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuvierais, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio mísera vida.

CR.—Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

ED.—He de obedecer, aunque no es nada grato.

CR.—Todo a su tiempo bueno es.

ED.—¡Pido antes de marcharme...!

CR.—Habla, dilo, sabrélo.

ED.—Destiérrame de esta ciudad.

CR.—Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

ED.—Para los dioses soy odioso ha tiempo.

CR.—¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

ED.—¿Luego das tu palabra?

CR.—Lo que yo pienso no lo digo en vano.

ED.—Sácame ahora de esta casa.

CORO.—¡Vamos: deja las niñas!

ED.—¡No, no... a ellas no me las quites!

CR.—¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

*Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.*

CORO.—Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

## ARISTÓFANES.

Gran poeta cómico de Atenas, de Rodas o de Egina, Aristófanes nació a mediados del siglo —v y floreció principalmente durante la guerra del Peloponeso. Transformó la comedia en un arma con que flageló los vicios y las costumbres de su tiempo y dio al traste con la antigua comedia. Compuso cincuenta y cuatro obras de las que nos quedan once con muchos fragmentos de otras; entre las principales destacan: Los caballeros, La paz, Lisístrata, Las avispas, Las aves, La asamblea de las mujeres, Las ranas, Las nubes, Los acarnienses, Pluto, etc.